



La curiosidad

María Victoria Fernández España

Publicado en *La Voz de Galicia* el 26 de abril de 1950

Con relativa frecuencia oigo decir que los niños ahora son distintos, -como si esto no lo hubiera dicho siempre, desde que el mundo es mundo, una generación de la siguiente-. Dicen que los niños son distintos, que son más serios, menos niños y que miran a la vida como dispuestos a erigirse en jueces. ¿En jueces de qué? ¿Es que un niño puede ser juez de sus mayores, o mejor aun, de la existencia que llevan sus mayores? Yo pienso, que si pueden serlo, tanto mejor. ¿Es posible que la mirada de una niña, una mirada inocente, descubra cosas vedadas a los adultos? Indudablemente sí. Casi casi, yo diría que el secreto de la vida está en mirarlo todo con ojos nuevos. Por ejemplo, nosotros vemos una casa, o mejor dicho no la vemos. Sabemos o adivinamos que la casa está allí frente a nosotros, con sus ventanas; que tienen cuerdas para colgar la ropa blanca, con su tejado que corona la chimenea y dos toldos multicolores en la azotea. Todo ello es demasiado conocido, casi puede decirse que lo teníamos previsto ya antes de mirarlo, porque... ¿quién imagina una casa sin chimenea o con varias a la vez, en su tejado? Nadie, ¿verdad?

Sin embargo, hay en Madrid una casa famosa llamada de las siete chimeneas; son cosas que se saben por haberlas oído decir, porque se leen en libros sobre el tipismo, pero yo he pasado centenares de veces delante de esa casa, sin mirar al tejado, simplemente porque me parecía igual que todas, y es que dentro de mí yo ya llevaba la idea preconcebida de lo que pueden dar de sí las casas, los tejados, las chimeneas y los toldos. Todo ello es demasiado conocido para inspirar la curiosidad; casi puede decirse que está previsto y nunca detenemos nuestro pensamiento en estas cosas, que son así, porque "deben ser así". Y lo mismo nos sucede con las ciudades, con los árboles, los bancos y el servicio de bomberos.

Pero un niño no; para él todo es nuevo y pregunta por qué prenden la ropa en los balcones, por qué los árboles están desnudos en invierno, cuando necesitan arrojarse contra el frío y solos les nacen unas hojitas diminutas en la primavera, pasadas ya las nieves invernales, y aunque se les conteste que los árboles también necesitan protección contra el calor estival, el niño seguirá preguntando hasta cansarse, y por eso su actitud ante la vida es un continuo: "¿por qué?"

La falta de curiosidad crea la aridez espiritual, da origen a la pobreza de creación, y es un hecho que sólo nos inspira curiosidad aquello que desconocemos, las ciudades nuevas que se pueden mirar con ojos nuevos. Y esta es la razón por la cual muchos extranjeros llegan a calar hondamente en el lenguaje y en el espíritu de las ciudades extrañas, donde no han nacido, donde no se sienten adheridos como un árbol o una planta a la tierra paterna, porque el hombre carente de curiosidad, es casi como un árbol quieto: ante él van pasando las nubes lentamente, y siempre cree admirar el mismo cielo.



Tampoco esto que estoy diciendo es nada nuevo; quizá vivimos en una época carente de curiosidad; el mundo -que para nuestros antepasados era grande, inmenso, maravilloso- se ha estrechado considerablemente hasta el punto de que a veces se piensa que ya no existe en el universo un lugar desconocido, donde se pueda soñar en una libertad primitiva, y las naciones se interfieren unas en la vida de las otras, creyendo conocerse porque los aviones hacen cortas las mayores distancias, y un hecho ocurrido en California, se conoce unas horas más tarde en el más humilde rincón de Galicia.

Como consecuencia del exceso de información el hombre ha perdido curiosidad por lo que pasa en el mundo; ya nadie, sueña. Hoy ya tenemos un aparato para fabricar los sueños colectivos, que es el cinematógrafo; son muy pocos los hombres que piensan y sienten curiosidad por su propio tiempo. Una gran apatía domina al mundo, y todos estos grandes inventos que jalonan el tránsito de la época, y que posiblemente revolucionarán la vida del porvenir, apenas encuentran acogida en la curiosidad de los hombres; se lee el invento de la bomba de hidrógeno, se comenta en el café, y uno termina encogiéndose de hombros, pensando con cierta filosofía, que al fin y al cabo no se muere más que una vez, y que para morir basta un garrote bien aplicado, o un trabuco de aldea.

Es un hecho que los libros de viajes, no tienen ya la misma acogida de antes. Desde que Blasco Ibáñez escribió su "Vuelta al mundo" hasta que lo hizo Augusto Assía, el mundo ha acortado considerablemente las diferencias esenciales, y como ya no hay lugar en el mundo capaz de inspirar nuestra curiosidad, los hombres miramos al firmamento, sintiendo la curiosidad de los mundos celestes, que eran antes refugio de los astrónomos y de los soñadores geniales.

Yo pienso que nuestro tiempo, es el tiempo de los niños, y que la vida tiene para ellos perspectivas maravillosas; nunca se han visto tantos niños prodigios en el arte. Parece como si la sensibilidad extrema de una época que se desorbita a la búsqueda de una belleza, apenas presentida, sólo pudiera ser captada por la curiosidad sensitiva de un niño.